

A lo largo de estos días hemos podido comprobar después de escuchar las diferentes intervenciones y ponencias incluidas en este quinto congreso internacional, que solventar las consecuencias del relevo generacional, desarrollar la innovación en las empresas, y en concreto en las Pymes, paliar la escasez de mano de obra cualificada a través de los centros de formación profesional y realizar proyectos comunes entre la pequeña empresa y dichos centros de formación profesional se ha convertido en algo prioritario si queremos mantener el nivel de nuestra economía, la competitividad de nuestras empresas y el bienestar de nuestra sociedad.

Clausuro este quinto Congreso y de forma breve me permito transmitirles una serie de conclusiones que paso a exponerles a continuación.

La evolución que están teniendo la ciencia, la tecnología, la economía y la sociedad en general está siendo como poco sorprendente. La forma de vida, de relación, de trabajo, de comunicación, el acceso a la información y al conocimiento, abren un sin fin de nuevas posibilidades que hasta hace poco tiempo eran impensables. Pero a su vez crean también una serie de dudas e incertidumbres que nos hacen percibir una serie de riesgos en una situación de marcada complejidad.

Complejidad para competir desde nuestros sectores productivos, complejidad para asumir la rapidez en la evolución de las diferentes tecnologías, complejidad para entender los importantes avances científicos y complejidad para vivir en una sociedad que cada vez más nos va a exigir un nivel de conocimientos mayor, conocimientos que nos tienen que posibilitar poder movernos en mundo cada vez más complicado y sobre todo diferente.

Hace diez años se comenzaba a percibir un cambio importante, el cambio en el concepto de sociedad pasando de un modelo industrial a un nuevo modelo basado en gran medida en la tecnología, la nueva sociedad de la información y la comunicación. Ese cambio que se ha constituido en una auténtica revolución

y su aplicación a la vida diaria, la utilización de esas tecnologías y las necesidades que a su vez han surgido y que han hecho que la ciudadanía tenga que funcionar de otra manera, hizo ver la necesidad obligada de dar un paso más en el camino evolutivo, transformando esa sociedad de la información y la comunicación en una nueva sociedad del conocimiento, una sociedad formada, con sentido crítico, con capacidad para aprender a convivir, a relacionarse, a conocer, a hacer, y con la preparación adecuada para ser competitiva en diferentes ámbitos.

Pero en la actualidad las cosas están avanzando de una forma inesperada, muy rápida, con el desarrollo de una nueva economía, y una evolución de los diferentes sectores productivos que hacen que nuestras empresas tengan que luchar, afianzarse y sobrevivir en el campo de una competitividad absolutamente abierta y muy reñida.

Y es la necesaria respuesta a esa competitividad, la que nos obliga a introducir nuevos cambios y transformarnos en una sociedad que asuma la innovación como un hecho cultural y efectivo dominante, ante un nuevo estado de las cosas. El hecho de la innovación va a ser una referencia obligada en nuestro día a día, porque innovar va a ser un concepto totalmente unido a cualquier proceso de cambio, evolución y desarrollo.

Y hoy más que nunca la formación profesional está adquiriendo una importancia estratégica para la competitividad y el avance de nuestras empresas, y para la mejora de las capacidades de nuestros y de nuestras profesionales. La prosperidad de los países más avanzados, la competitividad de sus economías y la eficacia de sus estructuras productivas, depende cada vez más del nivel de formación de sus recursos humanos, y de su actualización permanente. Esta afirmación adquiere una mayor importancia aún si cabe en Euskadi, donde posiblemente nuestros recursos humanos son nuestro único y más importante recurso natural.

En este sentido la formación profesional, en lugar de mantener una actitud defensiva ante las consecuencias que se pueden ir produciendo en una situación de cierta complejidad, con el avance de las innovaciones tecnológica

deberá ir adoptando las medidas necesarias para aprovechar el impulso y el amplio abanico de posibilidades que esas tecnologías van a ejercer, tanto en los procesos de enseñanza-aprendizaje, como en la gestión y organización, en la comunicación y en el acceso a la información.

Por su naturaleza la formación profesional está directamente implicada y comprometida con el conocimiento, el desarrollo y la aplicación de las innovaciones en diferentes campos, siendo uno prioritario el referido a las innovaciones tecnológicas de los contenidos de la formación, así como con sus efectos sobre las cualificaciones profesionales. Nada mejor para realizar adecuadamente sus tareas y alcanzar sus objetivos que incorporar la cultura de la innovación al propio quehacer formativo, y en concreto, a todo lo referido al ámbito de los procesos de aprendizaje.

Pero el hecho de innovar conlleva la necesidad añadida de trabajar de otra manera, con otras metas y objetivos, con una organización diferente, con una visión de futuro moderna, y con la necesidad de buscar una forma de hacer diferente, una forma que se apoye en un trabajo colaborativo y de cooperación entre personas y entre organizaciones, pero sobretodo entre centros y empresas. La colaboración entre centros de FP y las empresas de Euskadi es una práctica que cuenta ya con sólidos cimientos y amplia tradición. Esta colaboración se ha producido, básicamente, en la formación del alumnado en los centros productivos, y en ciertos intercambios de servicios, tanto por parte de los centros de formación, especialmente a las Pymes, como por parte de las empresas que han concretado dichos servicios, principalmente, en la cesión de equipamiento.

En la actualidad es imprescindible que esta colaboración aumente, para de esa forma aprovechar la suma de fuerzas y esfuerzos que nos garanticen la posibilidad de ir creando sistemas dinámicos que prosperen en entornos cambiantes, y que nos aseguren de una forma razonable que, formación, cualificación, sectores productivos y mercado de trabajo están avanzando coordinados por el camino adecuado.

Pero si los centros deben cambiar y la formación debe evolucionar, también es trascendental resaltar la figura del profesorado y su necesaria evolución ante la innovación y la nueva sociedad del conocimiento y el aprendizaje. Este nuevo tipo de sociedad reclama un tipo de formador muy creativo, que no sólo utiliza su saber para enseñar y aplicar, sino también y sobre todo, utiliza su saber para crear. Hasta ahora el conocimiento se utilizaba como base para desarrollar y aplicar la tecnología, y ahora sin embargo la tecnología clave es el propio conocimiento. El nuevo perfil hacia el que debe ir evolucionando el profesorado se encamina hacia un tipo de personas que utilizan su conocimiento y experiencia de forma creativa, que son capaces de aprender con su experiencia, que colaboran con sus compañeros, y que son capaces de ir innovando al objeto de mejorar los resultados de su organización.

Pero para innovar hay que hacer cosas diferentes. Aún siendo conscientes de que se han hecho cosas bien, los cambios y la rápida evolución de una sociedad cada vez más cambiante y una economía cada vez más globalizada, nos obliga a adoptar una postura de cambios constantes, con unos centros de formación profesional que aportando unos valores bien arraigados y tradicionales, se conviertan en organizaciones ágiles, vivas, dinámicas y creativas, un tipo de organización inteligente, que aprende, enseña y comparte, abierta y cercana, que aporta nuevas ideas y se siente partícipe de un proyecto futuro ilusionante. Unos centros ágiles y con capacidad de decisión, que buscan la creación de valor a través del trabajo compartido, que responden con anticipación a los problemas y que asumen que en un entorno cambiante una organización estática nunca podrá dar las respuestas adecuadas.

Porque en la formación profesional la innovación debe ser liderada por las personas implicadas en la misma. Personas capaces de desmarcarse de los principios de siempre, con capacidad crítica constructiva y libre de prejuicios anquilosados a través de los años, con una actitud razonable de inconformismo, y con capacidad de pensar, crear, aportar y aplicar ideas desde la realidad diaria y como base de una actitud innovadora abierta y con capacidad de rectificar y evolucionar en el momento adecuado.

Y para que todo esto sea un hecho real y cotidiano que se asume como algo imprescindible y positivo y que se acepta como una respuesta adecuada a los nuevos retos presentes y futuros, necesitamos conseguir que las cosas que planteemos sean fáciles de entender, asumibles y sobre todo que se puedan usar y aplicar, buscando una nueva y eficiente manera de hacer las cosas.

Además tenemos que ser conscientes de que estamos en la actualidad ante la concepción de una nueva cultura, una cultura digital con la que nace una nueva forma de trabajar, de comunicarnos y de relacionarnos, donde se nos abren un abanico enorme de posibilidades que nos harán desarrollar otras formas de entender, de aprender y nos abrirá el camino de transformar cosas que ahora nos parecen imposibles.

Así mismo el envejecimiento de la población es una realidad que está provocando cambios importantes en todos los ámbitos sociales y se ha convertido en un asunto preocupante, aunque a la sociedad en general le cueste vislumbrar con claridad en qué consiste dicho envejecimiento y cuáles son sus consecuencias. Vivir más años y en mejores condiciones nos permite vincular envejecimiento y mercado de trabajo a través de lo que ya se denomina envejecimiento activo.

Pero eso no es suficiente. Hay que diseñar, establecer y desarrollar un nuevo contexto que nos permita aplicar una nueva estrategia sustitutiva. Hay que atraer a profesionales de otros lugares, encontrar nuevos colectivos de población activa en otros países y comunidades autónomas, gestionar la inmigración desde nuevas perspectivas, con una buena organización e información, seleccionarla en origen, y completar y adecuar su formación en destino.

Debe aumentar y mucho la participación de la mujer en funciones y desarrollos profesionales hasta ahora poco reconocidos para las mismas, y las empresas deben cambiar en gran medida su visión, y reflexionar y ajustar los contratos a los niveles requeridos estableciendo unas compensaciones económicas adecuadas. Así mismo los sindicatos deben trabajar los acuerdos desde una

visión nueva, flexible y con perspectivas de un futuro inestable pero con inmensas posibilidades de desarrollo.

Las administraciones deben buscar diversos cambios estructurales, facilitar las ayudas económicas necesarias y buscar una mayor flexibilidad y eficacia en la formación.

Así mismo la orientación de la juventud debe mejorar y transformarse de forma urgente. La universidad ya no es la panacea del estatus social. Estudiar cualquier cosa y luego buscarse la vida cada vez va a ser más complicado. El ajuste entre cualificación y campo ocupacional debe adaptarse cada vez más y la necesidad de que el conocimiento de los y las profesionales se ajuste a la demanda de las empresas va a ser imprescindible. Orientar con claridad, exactitud y efectividad es un reto fundamental para el sistema educativo y el campo laboral.

Y todo ello hace que en gran medida la formación profesional se sitúe en un nivel estratégico, con unos centros que deben trabajar la innovación aplicada, que deben convertirse en centros líderes con un sentido de responsabilidad compartida, cooperando cada día más con las empresas, y con capacidad de modificar sus comportamientos y aplicar procesos de cambio de manera frecuente.

Como ven muchas cosas para intentar paliar un problema cercano que genera incertidumbres pero que también nos abre grandes posibilidades.

Les agradezco a todos de corazón su participación en este congreso y les deseo lo mejor para el futuro.

Queda clausurado.....